

HISTORIA DEL CAPITALISMO AGRARIO PAMPEANO

Dirección: Osvaldo Barsky

La vanguardia ganadera
bonaerense, 1856-1900

CARMEN SESTO



 UNIVERSIDAD DE BELGRANO

 Siglo
veintiuno
editores
Argentina

Historia del capitalismo agrario pampeano

Dirigida por
Oswaldo Barsky

Carmen Seale, Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con especialización en Historia, es profesora regular e investigadora en la UADER, y pertenece al equipo de Estudios Agrarios dirigido por Oswaldo Barsky en la Universidad de Ságrano. Ha desarrollado su labor de grado en la Universidad Nacional de Mar del Plata y del Comahue y de posgrado en la Maestría en Historia Económica y de las Políticas Económicas, Carrera de Especialización en Historia Económica y de las Políticas Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Es asesora en la temática de innovación tecnológica de la Comisión de Investigaciones Científicas en la provincia de Buenos Aires. Sobre la temática del campo agropecuario bonaerense a fines del siglo XIX, ha publicado libros y numerosos artículos en diversas revistas nacionales e internacionales de excelencia académica.



Siglo veintiuno editores Argentina s.a.

TUCUMÁN 1821 7° N (C1050AAG), BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D. F.

Sesto, Carmen

Historia del capitalismo agrario pampeano, tomo 2: La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900 / dirigido por Osvaldo Barsky - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

384 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-1220-16-2

1. Agricultura-Historia Argentina 2. Ganadería-Historia Argentina I. Barsky, Osvaldo, dir. II. Título
CDD 333.0982.

Portada: Peter Tjebbes

Imagen de portada: Apreciando vacunos. Estancia "San Simón", fines del siglo XIX.

Fotografía del Archivo de Jorge Pereyra Iraola.

© 2005, Siglo XXI Editores Argentina S. A.

ISBN 987-1220-16-2

Impreso en 4sobre4 S.R.L.

José Mármol 1660, Buenos Aires,
en el mes de agosto de 2005

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Made in Argentina

"Silencio historiográfico"

... más tarde intervino el esfuerzo innovador de hombres inteligentes y tesoreros para domesticar y refinar todo aquel ganado salvaje, disperso en las vastas llanuras de nuestras pampas feraces. ¿Qué dicen los textos corrientes de historia argentina sobre este gran esfuerzo de un proceso de mestización que llevó a gran altura la calidad de nuestros ganados...?

... De entre el numeroso grupo de "pioneers" tan injustamente olvidados, deberíamos exhumar, por lo menos, a Mr. Hasley, quien en 1813 introdujo los primeros reproductores ovinos de clase inglesa; a Don Juan Miller, introductor de la primera vaca tarquina en 1823; a Don Mariano Martínez de Hoz, quien a cuatro años de la caída de Rosas, poblaba sus campos de Cañuelas y de Castelli con cien vacas tarquinas y los dos primeros toros Shorthorn llegados al país; a Don Carlos Guerrero, acertado viajero, que en 1879 nos trajo de los ondulados campos de Escocia, los primeros reproductores Aberdeen Angus, tan cargados de carne y tan endeble de huesos; y a Don Leonardo Pereyra, quien importó a fines del siglo pasado, el primer toro Hereford [...]. ¿Dicen algo nuestras historiografías corrientes, de aquellos rollos de alambre que Don Ricardo Newton trajo consigo, en 1845?

Nicolás Repetto, *Mi paso por la agricultura*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1959, pp. 105-106.

Introducción

La inserción argentina en el mercado mundial de alimentos –cereales y carnes de alta competitividad– convirtió a la producción agropecuaria en el motor del crecimiento económico y social entre 1870 y 1914. Las carnes vacunas desempeñaron un papel de gran relevancia en este proceso, no sólo por la envergadura de la operatoria, sino por el salto en materia de productividad –resultado de la conjunción en rendimientos y calidad–, que no admite comparación con ningún otro lapso histórico. En este modelo, los ganaderos y terratenientes bonaerenses han sido sindicados por ciertas interpretaciones como el sector social beneficiario por excelencia, que capturó una porción desmesurada de ganancias extraordinarias con mínimas inversiones y bajo nivel de tecnología. La condición *sine qua non* del aprovechamiento de estas ventajas “naturales” residió, según se postula por parte de esas visiones, en el hecho de haberse apropiado tempranamente de las tierras de mejor calidad y localización, donde cualquier otro requisito o compromiso productivo quedaba excluido o era desestimable.

Esta línea argumental devino en paradigma hegemónico –hito fundacional y *a priori* incuestionado–, referencia obligatoria de estudios e investigaciones en un largo tramo de la historiografía rural pampeana. Debemos señalar que, a pesar de haberse reconocido un verdadero desempeño empresarial en el comportamiento productivo de estos ganaderos bonaerenses –cuyo protagonismo no tuvo parangón en ningún otro período histórico–, el núcleo interpretativo más fuerte no ha sido tocado y queda sintetizado en una racionalidad determinada por el peso de los ingresos rentísticos y las ventajas naturales o renta diferencial de los campos bonaerenses. Desde este punto de vista, el incremento de la productividad y la rentabilidad de tierras excepcionales es el objetivo excluyente, y se percibe a este sector como una clase homogénea y compacta, sin diferenciación alguna entre sí.

Sin embargo, los alcances de esta argumentación hegemónica quedan limitados por lo menos en dos puntos, a la luz de los resultados que arroja el accionar de una vanguardia ganadera y terrateniente bonaerense en el proceso de implantación y adaptación de una genética en carnes de alta productividad entre 1856 y 1900, entre cuyos múltiples objetivos productivos priorizó la adecuación de las carnes vacunas a los parámetros selectivos internacionales, ya que era incuestionable que las exportaciones cárnicas eran el medio más idóneo para apuntalar este proceso y agregar valor a toda la cadena genética. Esta genética en carnes fue encarada por una vanguardia que se fue diferenciando del tron-

co terrateniente originario, que incluye a ganaderos como Leonardo Pereyra, Juan N. Fernández, Pedro Luro, Vicente Casares, Tomás Duggan, Juan y Manuel Cobo, Domingo Frías, Ricardo Newton, Emilio Frers y Felipe Senillosa. Pero además, la implantación de esta tecnología destinada a aumentar la productividad y la calidad de las carnes vacunas exigió ingentes inversiones de grave riesgo en el hito tecnológico, puros de pedigrí, y en una infraestructura armada en torno al control del proceso productivo y de análisis de riesgo, que permitió constatar el pasaje de "ventajas naturales a competitivas".

La perspectiva adoptada en este trabajo representa un punto de ruptura y diferenciación con los lineamientos argumentales explicitados en la vasta y heterogénea bibliografía consultada, que analizaremos seguidamente. Por un lado, toma como hilo conductor a la vanguardia introductora de esta tecnología pecuaria, y por otro, la implantación de esta tecnología de alta productividad, el refinamiento del vacuno en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1900.

1. La perspectiva tradicional: terratenientes rentistas y parasitarios

Esta línea interpretativa encuentra la clave explicativa de la alta competitividad productiva de estos ganaderos en su condición de grandes propietarios. Por tanto, se ocupa básicamente de explorar la conformación del patrimonio territorial, de los mecanismos de acceso, transmisión y reproducción del patrimonio, y, desde estas dimensiones, se prefigura el arquetipo terrateniente con categorías extraeconómicas: rentista y parasitario, aludiendo al aprovechamiento rentístico de sus extensos predios y a la negativa incidencia de esta clase social en el curso de la economía general. Lo más sorprendente es la pervivencia y centralidad de este enfoque, ya que los abordajes iniciales acompañan la génesis misma del proceso analizado y se extienden a una buena parte del siglo XX.¹

Puede sostenerse que la acumulación de grandes superficies en manos de unos pocos poseedores es detectada por funcionarios y observadores especializados a fines del siglo XIX y, ya desde entonces, es presentada como una anomalía que distorsiona la función social del régimen de tierras públicas, que consistiría en fraccionarlas en pequeñas parcelas de trabajo personal y agrario. Entre los referentes más destacados se encuentran Nicolás Avellaneda y Ramón Cárcano, cuyos estudios brindan información respecto de la legislación de tierras, las diferentes concepciones que impregnaron el sistema fundiario y el traspaso a la propiedad privada.

Sin embargo, el núcleo de esta corriente interpretativa procede de la obra de Jacinto Oddone, publicada en 1930, cuyo seguimiento de la transferencia masiva de tierras fiscales a particulares entre 1822 y 1829 obedeció a objetivos muy precisos del propio presente histórico del autor: reconstruir el origen patrimonial de cincuenta familias cuyas propiedades abarcaban entre 30.000 y

¹ Ocampo, G. (1845); Hopkins, E. (1857); Muslera, J. M. (1866) y (1895); Avellaneda, Nicolás (1865); Beck, Bernard (1865); Brougmes, A. (1865); De La Fuente, Diego (1894); Oroño, Nicasio (1891); Lobos, Eleodoro (1900); Cárcano, Miguel Ángel (1917); Oddone, Jacinto (1975); Tenenbaum, J. L. (1946); Scobie, J. R. (1968); Gagnard, R. (1989).

400.000 hectáreas, estableciendo con datos cuantitativos superficies y mecanismos de acceso, desglosados según la legislación y la localización de los predios.²

Esta cuestión, que trajo al primer plano a cincuenta familias de grandes terratenientes, había cobrado notoriedad al publicarse la primera estimación integral de las superficies controladas por dichas familias —más de 4.000.000 de hectáreas valuadas en \$ 965.108.800— en la Guía de Contribuyentes de la Provincia de Buenos Aires de 1928. El interés por estas familias terratenientes, además, tiene que ver con el papel consular que desempeñaban en la dirigencia conservadora, en la función estatal nacional y provincial bonaerense, y en el mundo social capitalino; entre ellas se destacaban los Anchorena, los Alzaga Unzué, los Pereyra Iraola, los Duggan, los Luro, los Cobo y los Casares.

Esta tarea se inscribe también en un proyecto global de análisis de transferencia masiva de tierras públicas a privadas en el marco legal que abarca desde el régimen de enfiteusis, en 1822, hasta la mal llamada Conquista del Desierto, en 1879. La descripción y evaluación del marco regulatorio sirvió para delinear los rasgos más generales de un proceso espúreo, rodeado de condiciones abusivas y fraudulentas, por la extensión de las concesiones a enfiteutas y arrendatarios, formas de obtención y pago de cánones ínfimos. Este proceso se completa al adquirir estas concesiones a precios cuya cotización respondía a urgencias fiscales o a la necesidad de regularizar la situación dominial, más que a variaciones reales y concretas del mercado, como queda ejemplificado en las transferencias realizadas en 1836, 1840 y 1867. Esta lógica extraeconómica incluye la transferencia gratuita de dominios fiscales como premios militares y de ocupación de la frontera, con lo que prácticamente se evaporó este recurso de las manos del Estado.

Desde el punto de vista empírico es destacable la incorporación de fuentes institucionales inexploradas hasta entonces, entre las que se pueden rescatar el Gran Libro de la Propiedad Pública instituido por Rivadavia en 1826, donde se registraban los terrenos concedidos en enfiteusis, y la Escribanía de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, donde se encuentran los títulos originales de propiedad correspondientes a 1837, 1838, 1839 y 1840. Con esta abundante información de carácter institucional sobre enfiteutas, arrendatarios y propietarios —*a posteriori*—, superficie y localización de las concesiones, el autor confeccionó varias listas donde se reproducen estos datos en bruto, sin ningún tipo de sistematización o estimación cuantitativa. El fin que cumplía esta abigarrada y confusa información era corroborar las condiciones específicas en que se constituyó el patrimonio de estas cincuenta familias, un contexto favorecido por la transferencia masiva de tierras públicas a privadas, especialmente las 1.500 leguas sacadas en venta en 1836, operación que permitió obtener las tierras de mejor calidad y localización, que dan sobre gran parte de la zona atlántica.

De alguna manera, la referencia a la constitución de los terratenientes como clase social en el breve lapso que media entre 1822 y 1879 privilegia como factor de inclusión el temprano acceso diferencial al medio de producción no producido: la tierra, por sobre cualquier otro factor. La conformación en cuanto clase social parece aludir a un vasto y homogéneo grupo de grandes propie-

² Oddone, Jacinto (1975), pp. 56-115.

tarios; en realidad, el seguimiento gira en torno a la evolución patrimonial de estas cincuenta exitosas familias, excluyendo de estas consideraciones a un número muy superior que se benefició con idénticas condiciones permisivas, pero cuyas trayectorias se perdieron en el tiempo o fracasaron.

Fue ésta una observación selectiva dirigida a las concesiones recibidas por Anchorena, Álzaga, Díaz Vélez, Míguens y Sáenz Valiente, entre un total de 538 enfiteutas que se repartieron 3.260 leguas. Más tarde, a Alvear, Dorrego, Luro, Pradere, Santamarina, Casares, Bunge e Iraola, entre una nómina de 333 arrendatarios que recibieron 1.221 leguas en 1857, dando por descontado que fueron los únicos que pudieron acogerse a los beneficios de la ley de 1867, que habilitaba para comprar los predios que ya estaban en su poder desde diez años atrás. Respecto de los concesionarios que no alcanzaron un poder económico similar a las familias emblemáticas, puede señalarse a Hilarión y Manuel Medrano, con 24 leguas en Bahía Blanca; Victoriano Barbosa, con 12 leguas en Lobería; Ambrosio Cramer, con 20 leguas en Volcán; Andrés Dick, con 18 leguas en 25 de Mayo. En los casos mencionados, el acceso diferencial y privilegiado al medio de producción por excelencia no garantizó la prosperidad ni el prestigio social. Quizá por eso deban buscarse otras instancias explicativas.

A pesar de que el sustento empírico no permite ir más allá de estas conclusiones, sin embargo el autor arriesga osadas evaluaciones e interpretaciones respecto de esta clase social definida como antagonica de los arrendatarios, buscando la clave explicativa en la monopolización de las mejores tierras y en la apropiación de superficies enormes que no trabajaban en forma directa. El arquetipo rentista y parasitario de esta clase social, ejemplificada en las cincuenta familias emblemáticas, deviene del aprovechamiento y la explotación de los arrendatarios, que pagaban un canon y además debían efectuar considerables inversiones para poner en producción dichos latifundios. Esta puesta en producción agregaba valor al predio que redundaba en beneficios rentísticos a los terratenientes, porque se traducía en el alza de los cánones de arrendamiento. Era éste un mecanismo rentístico que se repetía continuamente en perjuicio de los verdaderos trabajadores.

Los efectos multiplicadores convertían este mecanismo rentístico en el ingreso más genuino y de mayor magnitud. Pero exigía un constante agregado de tierras, por compras o herencia. Oddone plantea que para ello se efectuó la transmisión de los títulos originarios durante tres o cuatro generaciones, a través de una red endogámica de alianzas matrimoniales que realmente existió, aunque no logró atenuar por completo los efectos disolutorios de particiones sucesorias.

Según Oddone, no cabe duda de que estos mecanismos rentísticos funcionaron aceitadamente y tuvieron una fuerte incidencia, pero esta rotunda afirmación no queda avalada por el sustento heurístico. Por lo contrario, la información presentada sólo muestra la generalización y legalización del latifundio y un régimen de tenencia signado por la gran propiedad, que no destruye una propiedad privada anterior basada en el trabajo personal. Aún más, los datos concretos hablan de la obtención de un derecho jurídico que no genera renta en sí; entonces, la forma en que ese derecho se transformó en renta no se demuestra fehacientemente. Esta incógnita se resuelve aplicando automáticamente el modelo británico, donde los terratenientes obstruyen el desarrollo de los verdaderos capitalistas, es decir, los arrendatarios, cobrándoles grandes sumas por el uso de su propiedad privada.

En cualquier caso, la acumulación originaria local es el punto de partida del sistema capitalista en nuestro país, a diferencia de lo ocurrido en Europa, con el ingreso en el mercado mundial a mediados del siglo XIX, cuyo acceso requirió de un proceso de adecuación a los parámetros de esta demanda altamente selectiva. Entre estos requisitos, el cambio racial de vacunos —a partir de la previa experiencia con lanares— fue solventado por un sector terrateniente con fuerte poder económico. Hacer este señalamiento no implica negar la incidencia de beneficios rentísticos, sino agregar la presencia de un mecanismo diferente de enriquecimiento: ganancias genuinamente empresariales provenientes de nuevas combinaciones productivas.

Estas objeciones ni siquiera fueron consideradas por la serie de autores que continuaron esta línea interpretativa, cuyas indagaciones se cifieron a los tópicos fundacionales asociados al régimen de tenencia de la tierra, al patrimonio terrateniente y a las transacciones vinculadas a la transferencia y compra de concesiones. Desde esta perspectiva, es importante consignar algunas conclusiones aportadas por Adela Harispuru y Jorge Sábato, en la década de 1980, que cuestionan la pretendida continuidad e identidad del grupo terrateniente, consignan la diversidad y distribución del patrimonio territorial en toda la provincia de Buenos Aires, y muestran, por último, un mercado de tierras que operaba con grandes superficies, cuya funcionalidad favorecía un régimen de tenencia latifundiarario y no obedecía a la previa monopolización de los predios.

Respecto de la continuidad e identidad del patrimonio terrateniente, cabría dar algunas precisiones relacionadas con la elite ganadera que implantó el refinamiento vacuno, como Pereyra, Luro, Pereda, Unzué, Casares, Duggan y Santamarina. La primera inconsistencia surge al comparar el patrimonio entre 1822 y 1928. Por ejemplo, Luro y Pereyra Iraola tenían 411.938 y 382.670 hectáreas en 1928, y apenas si figuran con pequeñas concesiones en las listas publicadas. Otro tanto ocurre con Pereda y aún peor con Duggan, que ni siquiera aparece mencionado. En cambio, prácticamente reconstruye el patrimonio inventariado en 1928 por Álzaga Unzué, Cano, Cobo, Casares y Santamarina.

En este panorama de renovación interpretativa de la clase terrateniente, sin embargo, subsistió indemne el componente extraeconómico del arquetipo rentista y parasitario —considerado una verdadera rémora en el progreso económico del país— donde tamaño y localización de los predios determinan el comportamiento productivo, ignorando el proceso de mejora en la competitividad de bienes exportables. Esta versión de una clase terrateniente rentista y parasitaria favorecida por el extraordinario crecimiento económico del país entre 1852 a 1914, con cuantiosas ganancias y beneficios sin ningún tipo de esfuerzo o compromiso productivo, resulta la caracterización más tradicional que acompaña la génesis misma de los hechos. Aún hoy en día conserva una notoria acreditación en la historiografía rural pampeana, entre quienes encuentran en el régimen de tenencia de la tierra, que es su razón de ser, la traba más significativa para un desarrollo autónomo y para la generalización de relaciones sociales de producción capitalistas.³

³ Hora, R. (2002), pp. 1-58.

Si se conecta la implantación de una tecnología pecuaria de alta productividad, como el refinamiento vacuno en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1900, con la estrategia productiva de la elite ganadera que llevó la delantera, se encuentra que estaba constituida mayoritariamente por grandes terratenientes. A fin de estimar la gravitación de la vanguardia respecto de las cincuenta familias emblemáticas, se constató que el 60% pertenece a este tronco originario, porcentual que se vería notoriamente ampliado si hubiéramos incluido al grupo vinculado a lanares refinados y, además, extendido el plazo de análisis más allá de 1900.

Sin embargo, entre la vanguardia ganadera y otros miembros de la misma capa social, aparecen importantes diferencias que cuestionan definitivamente la homogeneidad de clase y tornan más pertinente reconocer la existencia de un sector o fracción vinculado a procesos productivos de alta competitividad. La vanguardia formula una estrategia de largo plazo asociada a la implantación de esta genética en carnes, aunque llevan la delantera Pereyra, Duggan, Guerrero, Pereda, Casares, Cobo, Bosch, Hale, Bunge, Frías, Frers y Senillosa. A la vez, aparecen seguidores como Álzaga Unzué, Leloir, Martínez de Hoz y Pradere, y, a una gran distancia, Anchorena. Sostener esta especialización productiva a largo plazo implicó la capitalización de estos excedentes de manera permanente, agregando además obras de irrigación y desagüe que se hicieron en esos años, y que son aportes hechos por los propietarios y no por los arrendatarios. La apuesta más alta se hizo en puros de pedigrí y el resto de la cadena mejoradora, con sumas que rondaban entre \$600.000 y \$1.000.000 oro y, en segunda instancia, hacia una infraestructura de alta complejidad canalizando entre \$30.000 y \$200.000 oro, según consta en las cédulas censales de 1895.

2. Una perspectiva estructural: terratenientes-invernadores vinculados a la exportación

Esta perspectiva enfatiza el arquetipo rentista y parasitario de los hacendados/terratenientes –configurado por Oddone– entre 1954 y 1970, introduciendo como clave explicativa su actividad como invernadores, cuya exclusividad y monopolización derivaba de la condición de propietarios latifundistas. Este abordaje está comprometido con debates de alto impacto sobre el frustrado desarrollo económico, del que se había tomado plena conciencia en esas décadas, y atribuyó toda la responsabilidad de tan trágicos resultados a estos invernadores como socios locales del imperialismo británico. Cabe señalar que estas cuestiones son estudiadas a partir del proceso de incorporación al mercado mundial como productores de bienes primarios entre 1852 y 1930, dando cuenta de la vía capitalista adoptada y de la diferenciación en dos sectores locales antagónicos, uno progresista vinculado al ovino refinado y otro retardatario ligado al vacuno criollo.⁴

En relación con el comportamiento parasitario de la clase terrateniente –una denominación impregnada y sustentada en Oddone–, se remite invariablemen-

⁴ Giberti, H. (1970), pp. 169-175; Ortiz, R. (1974), t. I, pp. 95-99 y 170-173; t. II, pp. 184-193.

te a las ventajas naturales de sus grandes unidades productivas que, con una mínima dotación de recursos, capital y mano de obra, proporcionaban ganancias extraordinarias sin ningún esfuerzo o compromiso productivo. La influencia del imperialismo británico es observada —tratando de entender las insuficiencias de la industria manufacturera—, por un lado, en la imposición de una larga especialización en bienes primarios, que en el caso del vacuno mejorado fue en una raza mejoradora, Shorthorn, y, por otro, en las restricciones impuestas al mercado interno, en los términos establecidos por la división internacional del trabajo.

Resulta imprescindible puntualizar que esta perspectiva llegó a conclusiones generales y globalizadoras, subsumiendo niveles y modalidades micro, confirmatorias de teorías diseñadas en otro contexto histórico, utilizando datos cuantitativos publicados en agregados censales —nacionales y provinciales— para procesarlos con procedimientos estadísticos, rodeados y precedidos por su carácter objetivo, asignándoles una calidad y validez indiscutidas que dejaron, sin embargo, subsistir acriticamente insuficiencias y limitaciones, afectando con una gravosa hipoteca estas conclusiones.

La contribución más decisiva a esta perspectiva, representada en la obra de Ricardo M. Ortiz sobre la historia económica argentina, fue un conjunto interpretativo del cual parten muchos autores hasta la actualidad y desde distintos enfoques teóricos. Este conjunto interpretativo se interesó en el impacto de la demanda mundial en la Argentina y dividió este proceso en dos grandes períodos: el primero, de acondicionamiento a la tipificación internacional, entre 1852 y 1890; el segundo, de penetración y dominación británica, entre 1890 y 1930. A juicio del autor, esta vía es forzada exclusivamente por criadores de ovinos entre 1852 y 1890, lo que establece un claro antagonismo entre dicho sector y el terrateniente dedicado al vacuno criollo.

Este antagonismo tiene un correlato político e ideológico que lleva a una dicotomía insalvable entre moderno y arcaico. Así los criadores de ovinos, con un componente mayoritariamente británico, son los progresistas que introducen el cambio tecnológico, derrotan a Rosas unidos a Urquiza e introducen el liberalismo. En cambio, los criadores de vacunos criollos son retardatarios, apoyan la dictadura rosista y, sobre todo, son los grandes terratenientes poseedores de los mejores campos a menos de 30 leguas de la ciudad y cerca del litoral atlántico, siguiendo la zona que Jacinto Oddone había delimitado para las 1.500 leguas puestas en venta por Rosas en 1836.

El antagonismo entre criadores progresistas de ovinos y retardatarios de vacunos quedó consagrado en diversas contribuciones a la historiografía rural pampeana, a pesar de no contar con un basamento empírico sólido. El núcleo progresista surgió de hacendados británicos, irlandeses o vascos especializados en ovinos, individualizados por Mac Cann en 1847, uno de los viajeros a los que Ortiz recurre más frecuentemente. Sin embargo, a este grupo se suman ganaderos terratenientes, como Pereyra, Olivera, Cobo, Casares, Luro, Fernández y Unzué, a partir de 1852, cuando ya han zanjado las posiciones políticas irreconciliables mantenidas hasta entonces, encarando simultáneamente el mejoramiento de lanares y vacunos, como se verá en el transcurso de este trabajo.

De tan variada problemática nos centraremos en la modalidad presentada por el sector promotor de la genética en carnes, poniendo especial énfasis en

intereses y campo de acción de este sector social. Los rasgos originales del refinamiento del vacuno son descriptos por Ortiz, en contraste con el proceso verificado con lanares mejorados, que se realizó tardíamente y se expandió en forma muy lenta por la falta de incentivos de la demanda hogareña hasta 1880. El despegue llega con los frigoríficos a partir de 1883. Pero aquí debe agregarse que, para el autor, el mercado externo es el factor dinamizador por autonomía. De ahí en más el refinamiento vacuno queda encuadrado sólo como cambio racial y un fenómeno del mercado externo, desligando de esta dinámica a la plaza interna de consumo y reproductores, cuyo impulso fue determinante en la temprana genética en carnes y siguió acompañándola en el resto de su trayectoria.

En cuanto a la demora en el mejoramiento del vacuno criollo, es atribuida a la preeminencia del sector retardatario, interpretando dicha demora como una estrategia deliberada de los terratenientes opuestos a cualquier transformación o innovación que atentara contra las ventajas derivadas de monopolizar el comercio saladeril y las tierras más fértiles de la provincia de Buenos Aires. Con el fin de salvaguardar estos privilegios arcaicos, según Ortiz, este sector habría provocado un alza artificial de los precios, obligando a los criadores de ovinos a desplazarse hacia la provincia de Santa Fe.

En cuanto a la lógica y campo de interés de los sectores que intervinieron en el refinamiento vacuno, se introduce en las actividades productivas la separación y desconexión con que operan en el mercado: cabañeros, criadores e invernadores. Esta fragmentación tiene una utilidad confirmatoria de claros prejuicios ideológicos, ya que parte de una constatación fácilmente desechable: que los ganaderos terratenientes no participan en este proceso, aun siendo los propietarios históricos de la hacienda criolla, es decir, el insumo básico para realizar el mejoramiento. Este mérito se otorga a un pequeño número de cabañeros: Pereyra, Fernández, Cobo, Casares, Senillosa y Shennan. No está de más precisar que dichos cabañeros estaban entre los mayores propietarios de vacunos criollos y fueron los que implantaron esta tecnología de alta productividad. Desde esta fragmentación artificial, el peso de la mestización descansa en un gran número de criadores dispersos en las zonas más alejadas y de pastos regulares o malos, definiendo a dicha actividad también como independiente y aislada de las otras dos.

Esta comprobación aparece sostenida por datos muy rigurosos (guarismos que figuran en censos), con lo cuales se determina la correlación existente entre existencias mestizas y distribución geográfica en partidos fuera de la zona con mayores ventajas naturales, donde supuestamente se concentraba la propiedad terrateniente. Estas conclusiones no son enteramente convincentes por diversas razones; quizá la de mayor relevancia sea que estas fuentes no permiten individualizar a los agentes intervinientes, tan sólo proporcionan cantidades neutras agregadas para cada partido. Entonces, el tipo de actividad es adjudicado tomando como indicadores el tipo de existencia y la distribución regional.

En relación con la demanda frigorífica de terminaciones especiales se delinea un nuevo tipo de invernador, asociado a los intereses de capitales extranjeros y totalmente prescindente de cualquier compromiso productivo en inversiones o trabajo organizativo en el nivel interno, aseveración que será desmentida

en el desarrollo de este trabajo. Se supone que las exigencias de los frigoríficos redundan en favor de los refractarios terratenientes porque monopolizan las únicas praderas con las que se pueden obtener engordes de primera. Las condiciones excepcionales proporcionadas por estas ventajas comparativas, según Ortiz, permiten producir 600 kilos a los cuatro años en novillos mejorados provistos por los criadores, que no tienen otra salida que vendérselos a los invernadores, dado que sus predios carecen de esta localización y calidad.

Esta ponderación se anuda a una prejuiciosa valoración de las actividades mencionadas en relación con el diferente grado de compromiso productivo; por ende, los invernadores quedan absolutamente desprestigiados porque se nutren de las otras dos ramas, aprovechando así las ventajas naturales de sus explotaciones. En cambio, se resalta el mérito de los criadores como artífices del refinamiento, a pesar de estar sujetos a una condición de inferioridad y explotación, por las deficiencias ya señaladas de los campos, que los dejan prácticamente inertes en manos de los terratenientes invernadores.

En verdad este correlato responde a la indiscutida fuerza del arquetipo terrateniente rentista y parasitario de Oddone, alejado de cualquier compromiso productivo de envergadura y, además, de considerar que el patrimonio se concentra en una sola área de la provincia, norte, que corresponde a las tierras adquiridas en 1836. Esta suposición queda completamente erosionada desde ambos ángulos. Por un lado, Jorge Sábato, con el empleo de fuentes de primera calidad, como duplicados de mensura, encuentra suficientes elementos para establecer que esas propiedades se encontraban dispersas en toda la provincia. Por otro, las existencias de animales vacunos mestizos, puros por cruce y pedigrí detectados en zonas alejadas, en forma mayoritaria, son propiedad de esta vanguardia ganadera terrateniente, como lo demuestra otra fuente de excelencia, las cédulas censales, con las cuales se estableció fehacientemente el acceso diferencial a dichos planteles.⁵

Se trata, entonces, de una vanguardia que encaró simultáneamente el refinamiento en lanares y vacunos, es decir, que no existía un antagonismo entre una y otra especialización; por el contrario, se potenciaban una y otra. Por otra parte, esa vanguardia abarcaba todas las actividades de manera complementaria y subsidiaria: cabaña, cría y engorde, algo ya señalado por Míguez, que era resultado de una estrategia destinada a abaratar y a financiar su propio proceso de refinamiento, permitiendo además compatibilizar las diferentes calidades de sus predios.⁶

La estrategia dejó en sus manos el control de las existencias de puros y mestizos en promedios que rondaban del 50 al 80% del total en cada partido, aun en los más alejados y desfavorecidos, según las cédulas censales de 1895. A modo de ejemplo, en Puan, de 14.998 mestizos y 823 puros, 10.000 y 500 corresponden a López Lecube; en Carmen de Patagones, de 5.297 mestizos y 301 puros, Luro dispone de 4.300 y 300; en Ayacucho, de 136.341 mestizos y 2711 puros, Pereyra tiene 36.500 y 1.710; en Lobería, de 80.173 mestizos y 1.471 puros, Lavalle Cobo posee 12.655 y 597 y Martínez de Hoz 10.850 y 200.

⁵ Sábato, Jorge (1979), pp. 10-78 y (1988).

⁶ Míguez, Eduardo (1985), pp. 300-326.

Esta lectura de terratenientes devenidos invernadores que se apropian de ganancias extraordinarias —con mínimas inversiones y bajo nivel de tecnología— fue el punto de referencia de una serie de prospecciones teóricas en la década de 1960 para explicar las deficiencias del desarrollo económico argentino. A la usanza de entonces, se encuadraron las peculiaridades del comportamiento productivo en los parámetros modélicos europeos, cuya señal más distintiva era la optimización paretiana de los factores de producción. Esta inadecuada comparación dejó una fuerte impronta que descalificó a los terratenientes como empresarios, porque no maximizaban sus ganancias con mayores dotaciones de capital y de mano de obra.

De ahí en más, se adoptó el esquema clásico que corporizaba en dos personajes distintos a empresarios y terratenientes, caracterizando a este último sector social con categorías supletorias: "cuasifeudales" o "cuasicapitalistas". Por otro lado, se consideraba sólo a los arrendatarios como verdaderos empresarios que invertían corrían riesgos y ponían en producción esas tierras. Desde esta concepción, también se cuestionó la legitimidad de categorizar como capitalista al sistema de producción argentino, dado que la acumulación no provenía del sector manufacturero, tal y como proponía dicha esquematización.⁷

Esta temática del comportamiento productivo terrateniente-invernador es retomada en la década de 1970, en el marco de un justificado interés por describir los efectos asimétricos de la gran propiedad desde posiciones teóricas e ideológicas distintas: la visión dependentista y la del bien primario exportable. Entre los mayores méritos de estas aproximaciones se encuentra la comprensión de la especificidad de los empresarios rurales en países nuevos, entendiendo que la peculiar asignación de recursos (grandes extensiones de tierra con escaso capital y mano de obra) era la más óptima y la más conveniente en un país cuyo bien más abundante y barato era la tierra. Entre estas conclusiones se confirmó la plena vigencia del sistema capitalista, con ciertas especificidades: la fuente de acumulación de capital venía de la colocación de bienes primarios a escala mundial. De cualquier manera, se coincidía en la generalización de las relaciones de mercado, aunque el fundamento sin fisuras continuaba siendo las ventajas naturales de las tierras pampeanas.⁸

La fuerte incidencia del componente rentístico en los ingresos de la clase terrateniente desde la óptica dependentista es la clave explicativa para entender los problemas de acumulación del sistema agropecuario y también para conjugar la condición empresarial con una baja composición orgánica de capital, que, a decir verdad, es imposible determinar a ciencia cierta. A partir de la cobertura brindada por la formulación de la renta diferencial a escala internacional, sin ninguna evidencia empírica para validarla, se determinó que la extraordinaria magnitud de los ingresos permitió a estos empresarios satisfacer la modesta dotación fija en el sector agrario y quedarse con suculentos excedentes que gastaban de manera improductiva u ostentosa, excluyendo cualquier compromiso productivo de largo alcance o inversiones de riesgo. Es decir, no se canalizaban esos

⁷ Ferrer, Aldo (1963); Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel (1973); Fienup, Darle et al (1972).

⁸ Díaz Alejandro, Carlos (1980), pp. 160-161; Cortés Conde, Roberto (1979), pp. 129-134; Adelman, Jeremy (1989), pp. 200-250; Sábato, Jorge (1979), pp. 10-78 y (1988); Sábato, Hilda (1993).

excedentes en la reproducción ampliada de la empresa y, fundamentalmente, en favorecer la acumulación de capital. La excepción a esta tendencia es Alfredo Pucciarelli (1968), quien reconoce en los terratenientes a los artífices del cambio racial, pero sin lograr entender que el refinamiento vacuno fue una nueva combinación productiva y una fuente de ganancias típicamente empresariales.

En tanto estos debates teóricos quedaban entrapados en cuestiones estériles respecto del comportamiento empresarial terrateniente, se realizaron investigaciones específicas que produjeron avances fundamentales, como veremos a continuación.

3. Una perspectiva renovadora: la dinámica empresarial terrateniente

El rasgo más destacado de los estudios considerados renovadores, publicados en las dos últimas décadas del siglo XX, fue encontrar la racionalidad empresarial del arquetipo invernador-terrateniente, encuadrando en parámetros estrictamente económicos lo que antes se consideraban rasgos parasitarios y rentistas, como la baja tasa de capitalización y la pervivencia de enormes unidades productivas. Esta lógica centrada en la maximización de la renta en tierras de distinta calidad y minimización de riesgos buscaba en la combinación invernada y agricultura el veloz desplazamiento entre actividades de similar rentabilidad, con el fin de contrarrestar crisis cíclicas y variaciones de la demanda mundial, además de paliar diversas contingencias climáticas. Aunque esta lógica se sustenta en procesos decisorios en el nivel micro, igualmente se sigue colocando como el principio explicativo para desentrañar los problemas de crecimiento económico en nuestro país que aparecen a partir de la crisis de 1930.

Otro aspecto que llama particularmente la atención de este diseño empresarial, direccionado hacia el contexto internacional en cuanto generador de divisas y formador de precios, es que omite una dimensión fundamental: la producción de bienes de alta competitividad destinados exclusivamente a esa demanda selectiva, que supone procesos de especialización productiva a largo plazo; tal el caso de las carnes vacunas.⁹ Quizá podría entenderse mejor esta omisión si se tomara en cuenta el modelo productivo en que se sustenta, basado en la combinación invernada y agricultura, motorizado por la disponibilidad de extensas superficies de diferente calidad y localización y de capital líquido para aprovechar el costo de oportunidad, pasando rápidamente a la actividad que prometía mayores ganancias o estaba menos afectada por contingencias climáticas. El costo extra de esta flexibilidad, desde el enfoque dependientista, se refleja en el limitado alcance en inversiones fijas y en tecnología, que desemboca en baja acumulación de capital y desencadena la crisis de 1930. Estos aportes se convirtieron en una especie de dogma que fijó las dimensiones y el límite de las investigaciones que se han realizado hasta ahora. A pesar de que ese modelo presenta serias falencias, que analizaremos a continuación, dichas cues-

⁹ Laclau, Ernesto (1969); Flichman, Guillermo (1977), pp. 89-111; Díaz Alejandro, *Crisis* (1980), pp. 160-161; Míquez, Eduardo (1985), pp. 300-326; Pucciarelli, Alfredo (1968), pp. 166-286.

tiones no se examinaron críticamente; por el contrario, se les confirió un valor general y atemporal.

En primer lugar, esta racionalidad empresarial centra la maximización de las ganancias exclusivamente en el uso de la tierra, ya que existía un fuerte prejuicio acerca de la capacidad empresarial para introducir y adaptar innovaciones tecnológicas, lo que llevó a relegar y postergar esta problemática en el debate académico. En segundo lugar, se trata de dar respuesta a la permanencia del sistema extensivo de producción y a la coincidencia de agricultura y ganadería en las mismas tierras. Para ello, se utilizan como variables discriminadoras del universo de análisis el tamaño, la localización y la distribución de los predios. Estas variables se complementan con otras referidas al uso de las tierras y a las variaciones de precios relativos en invernada y cultivos. Pero esos datos son inferencias que de ninguna manera se pueden constatar empíricamente, porque la información se extrajo de grandes agregados censales, cuyas variables no permiten identificar a los individuos ni la relación entre inversión, tipo de producción y extensión de las explotaciones, aún menos si se producía una revolución en las técnicas tradicionales de la ganadería extensiva.

En resumidas cuentas, el comportamiento funcional y exitoso de los invernadores-terratinentes era el más conservador y fuertemente especulativo y, desde la tradición dependentista, claramente ineficiente desde el punto de vista productivo, porque el uso intensivo de tierras había inhibido la adopción de tecnologías que incrementasen los costos en capital fijo. Una mirada más detenida de esta visión encontraría traducida a esta lógica los prejuicios extraeconómicos del arquetipo rentista y parasitario. De ahí en más, se propuso la vigencia de esta única combinación productiva, invernada y agricultura, para todos los productores. Lo más gravoso fue la puesta como marco referencial acrítico, desde políticas institucionales, de los estudios empíricos identificados en las dos últimas décadas del siglo XX.¹⁰

El interrogante que deja sin respuesta esta línea interpretativa tiene que ver con la calidad y los rendimientos de las carnes vacunas, es decir, cómo se hizo para que los biotipos exportables dieran carnes entreveradas y 600 kilos a los cuatro años, siendo éste uno de los aspectos que confieren especificidad al período de mayor crecimiento económico. El problema radica en que, de esta manera, las ganancias temporales generadas por la adopción de nuevas combinaciones productivas —las verdaderamente empresariales según Schumpeter—, como el incremento en materia de productividad del vacuno, resultan una mera expresión de la asignación del recurso más barato disponible en términos relativos: la tierra.

Esta distorsión es el resultado de una analítica que visualiza la racionalidad empresarial de la clase terrateniente bonaerense, en términos de una racionalidad única weberiana, que sólo atiende a la productividad de la tierra e impide la comprensión de procesos productivos de alta competitividad, al no entender que existen múltiples lógicas instrumentales en otras dimensiones, tal el caso de la implantación de tecnologías de alta productividad. Debe señalarse que se tra-

¹⁰ Sábato, Jorge (1979), pp. 10-78; Sábato, Hilda en Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (comps.) (1993).

ta de un modelo estático situado en la corriente circular desde una posición de equilibrio, que inexorablemente desemboca en el peso de los beneficios rentísticos, pues únicamente da cuenta de la asignación de recursos, de precios y cantidades de bienes, productividad de la tierra, que remiten siempre a la condición de propietario latifundista. Esto no significa que no se produzcan cambios, pero éstos son infinitamente pequeños y surgen del propio curso tradicional.¹¹

Sin embargo, la mejora en la competitividad del vacuno originada en la implantación de una tecnología pecuaria en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1900 provocó ruptura y discontinuidad en la manera de producir: alta especialización y compromiso productivo, métodos de producción modernizados, fuertes inversiones, rasgos específicos de las empresas capitalistas. Este caso nos lleva a tocar cuestiones vinculadas a elites locales que implantan tecnologías intensivas, una temática largamente desatendida y por la que se ha mostrado un profundo desinterés, ya que sólo se encuentran referencias ocasionales en obras generales.

La asociación entre innovación tecnológica y comportamiento terrateniente es muy reciente: a pesar de que los primeros acercamientos datan de la década de 1980, se instala no como una problemática en sí misma, sino en función de la peculiaridad sobresaliente del caso local, la manipulación racional del uso extensivo de tierras de primera calidad. En última instancia, neoclásicos y dependentistas siguen cuestionando el grado de eficiencia productiva de los actores protagónicos: los terratenientes.¹²

4. Una perspectiva diferente: vanguardia ganadera e implantación tecnológica

Este trabajo recorta un espacio propio y diferenciado de las perspectivas analizadas en las páginas precedentes, cuyo recorrido ameritan los motivos y ubicación de éste, centrándose en una vanguardia ganadera –simultáneamente cabañeros, criadores e invernadores– que ocupó un papel protagónico en la implantación y adaptación de una genética en carnes de alta productividad, con un contexto fundamental constituido por los mercados selectivos interno y externo, donde confluyeron las ganancias de uno y otro tipo de demanda.¹³

Aquí vale remarcar el carácter incipiente de la problemática vinculada a vanguardias locales, especialmente las que proceden del sector agropecuario. Esto se debe al fuerte prejuicio existente respecto de la incapacidad del sector empresarial para comprometerse con tecnologías intensivas, con importantes inversiones y de gran volatilidad. Estas indagaciones, tal el caso de la vanguardia vinculada a la genética en carnes, ponen en tela de juicio dos de los *a priori* fundacionales de la historiografía rural pampeana: por un lado, la baja tasa de capitalización y, por otro, que los espectaculares incrementos en materia de pro-

¹¹ Laclau, Ernesto (1969); Flichman, Guillermo (1977), pp. 89-111; Pucciarelli, Alfredo (1986), pp. 166-286.

¹² Sesto, Carmen (1977), (1988), (1989), (1990), (1991), (1995) y (1998).

¹³ Sesto, C. (1999a), pp. 405-432; (1999c), pp. 54-56, 90-91 y (1999d) 54-56; (2002), pp. 715-755.

ductividad fueron producto exclusivo de las ventajas "naturales" de las tierras de la provincia de Buenos Aires.

En este punto queremos ser precisos y explícitos: no existe evidencia alguna de que la obtención de vacunos mejorados ni el incremento alcanzado en materia de productividad tuviera como sustento el agregado de más y más tierras, como se viene argumentando desde tiempos inmemoriales, argumentación que habría quedado descartada de plano si se hubieran tomado en cuenta las modestas existencias refinadas que se manejaban. Pero el *quid* de la cuestión que socava esta argumentación es que los requerimientos específicos del refinamiento y del incremento en materia de productividad exigieron una infraestructura de alta complejidad que obligó a una utilización más eficiente de las tierras disponibles: estabilizando y ampliando la oferta forrajera con nuevas combinaciones y técnicas conservacionistas, construyendo cabañas, potreros e instalaciones fijas, y proveyendo agua permanente y de primera calidad.

La existencia de una vanguardia terrateniente portadora de cambio tecnológico a fines del siglo XIX es descrita por Halperin Donghi a partir del papel dirigencial que ocupaban en la apertura del mercado mundial y respecto de la clase de grandes propietarios a la que pertenecían, pagando el costo de tener que renunciar al tradicional ausentismo, de incorporar mejoras tecnológicas, de promover el progreso social y económico, lo que culmina en una completa transformación de su mentalidad productiva. Pero aun en esta propuesta del autor, los terratenientes continúan siendo pensados como incapaces de desarrollar estrategias de largo alcance, tales como las requeridas por el proceso de refinamiento del vacuno. Aún más: el propio cambio tecnológico surge como sustento del proyecto hegemónico como clase dominante.¹⁴

Si se quiere llegar al meollo de esa transformación productiva debe utilizarse el modelo schumpeteriano, un modelo de la discontinuidad dirigido a la manera de producir fuera de la corriente circular donde se capturan las ganancias derivadas de esas nuevas combinaciones productivas, cuyo carácter intrínseco es temporal, porque en cuanto entran en la corriente circular se pierden. Este modelo asigna un lugar preferencial a una vanguardia: considera la razón de ser de estos empresarios como portadores del cambio tecnológico y de la función de liderazgo en la gestión económica; pone en evidencia una lógica empresarial donde la maximización de ganancias y el esfuerzo de un mayor rendimiento productivo son compatibles. Éste es el correlato más propio y específico de una burguesía, en cuanto a osadía, inventiva y métodos novedosos.¹⁵

Se pretende aquí presentar la estrategia de una vanguardia terrateniente mediante la imbricación de la contribución teórica schumpeteriana y la evidencia

¹⁴ Halperin Donghi, Tulio (1985), pp. 223-247; (1992), pp. 19-45.

¹⁵ Schumpeter, Joseph (1963), pp. 140-161 y 191-262; (1983), pp. 95-134; Ballivian Calderon, Rene (1972), pp. 53-89; Hodgson, G. M. (1997), pp. 131-146; Hagedoom, J. (1996); Shionoya, Y. (1996), pp. 279-316; Cantner, V. y Hanusch, H. (1998), pp. 131-155; Dahlman, Carl (1978), pp. 11-30 y 51-66; Richard, Nelson y Winter, Sidney (1982), pp. 8-48; Hagen, Evrett (1964), pp. 34-89 y (1984), pp. 71-150; Katz, Jorge y Bercovich, Néstor (1978) y (1988), pp. 59-166; Shepsle, K. y Bonchek, M. (1997), p. 345; Peters, G. (1999); Hall, P. y Taylor, R. (1996), pp. 936-939; Immergut, E. (1998), pp. 5-34; Goodin, R. (1995), pp. 1-53; Schofield, N. (1996), pp. 189-211; Weingast, B. (1998), pp. 167-190; Sened, I. (1991), pp. 379-402; North, D. (1990); Bates, R. (1988), pp. 387-401.

empírica obtenida del proceso concreto de implantación de una tecnología pecuaria en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1900. El modelo de vanguardia "schumpeteriano" marca un contorno muy concreto y acotado, sólo captura al sector ganadero portador de esta tecnología pecuaria cuando aún no se cuenta con un mercado para los nuevos productos y en el tiempo que dura la implantación de esta tecnología pecuaria entre 1856 y 1900, o, mejor dicho, hasta que esta combinación productiva entra en la corriente circular.

Dar cuenta de la interacción entre la genética en carnes vacunas y el sector social asociado al proyecto en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1900 requirió dos operaciones analíticas distintas aunque conectadas entre sí. En primer lugar, definir el refinamiento vacuno como una tecnología de alta productividad que posee tres dimensiones estrechamente asociadas entre sí: transformaciones en el sistema productivo, genética en carnes y actores sociales. En segundo lugar, señalar como clave la existencia de unos pocos ganaderos terratenientes que introducen el hito tecnológico, modernizan las técnicas productivas y administrativas, y comprometen fuertes inversiones de gran riesgo, es decir, que ponen en evidencia rasgos del sector terrateniente desconocidos hasta entonces.

Si finalmente optamos por caracterizarlos como vanguardia recurriendo al modelo de "innovación tecnológica" de Schumpeter-Haggen fue porque en esa conceptualización el impulso proviene de empresarios cuando aún no se cuenta con el incentivo de la demanda ampliada, y ésta es la cuestión central en el contexto de implantación tecnológica que efectivamente ocurrió en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1895. En el tramo inicial, las cuestiones específicas se originan en la imposición de un producto nuevo totalmente alejado de lo que se hacía rutinariamente, que despierta fuertes resistencias y presiones. Para enfrentar ese desafío de ir contra la corriente se necesitan aptitudes especiales que, a juicio de Schumpeter, sólo están presentes en esa pequeña fracción de la población denominada vanguardia, empresarios que nunca aparecen solos sino en un círculo de amigos.¹⁶

De acuerdo con dicha conceptualización, este "círculo de amigos" se convierte en vanguardia porque introduce un producto nuevo, Shorthorn, Hereford y Aberdeen Angus de pedigrí, y realiza las transformaciones creativas necesarias para la implantación de esta tecnología pecuaria cuyo objetivo último es el acceso a mercados altamente selectivos, el de reproductores en el país y el de carnes en Gran Bretaña. La vanguardia sabe que haber tomado la delantera en este período de implantación le permite apropiarse de las ganancias monopólicas y temporarias generadas por esa nueva combinación productiva y que, según Schumpeter, son las específicas de la gestión empresarial.

Lo que resulta evidente es que la vanguardia implementó una fórmula productiva exitosa, pero que le exigió ir en contra de lo establecido, asumir gran-

¹⁶ Schumpeter, Joseph (1963), pp. 140-161 y 191-262; (1983), pp. 95-134; Ballivian Calderón, René (1972), pp. 53-89; Hodgson, G. M. (1997), pp. 131-146; Hagedoom, J. (1996); Shionoya, Y. (1996), pp. 279-316; Cantner, V. y Hanusch, H. (1998), pp. 131-155; Dahlman, Carl (1978), pp. 11-30 y 51-66; Richard, Nelson y Winter, Sidney (1982), pp. 8-48; Haggen, Everett (1964), pp. 34-89 y (1984), pp. 71-150; Katz, Jorge y Bercovich, Néstor (1978) y (1988), pp. 59-166.

des riesgos, incrementar la dotación de capital fijo, capacitarse técnicamente, transformar constantemente los métodos de producción y tomar el desafío de realizar las adaptaciones creativas necesarias con el fin de reducir la brecha tecnológica entre un país de avanzada y uno nuevo. La configuración de la vanguardia planteó que se debían tomar en cuenta aspectos completamente diferentes de los tradicionales para determinar la inclusión y exclusión en ese conjunto, y observar el proceso de implantación tecnológica. De alguna manera, no resultaron definitivos el stock ganadero ni el patrimonio territorial ni una posición social prominente asociada a una cierta disponibilidad de tierras, y esto provocó una pérdida de importancia de los criterios tradicionales basados en la condición de propietarios latifundistas y el estrato ocupacional, cabañero, criador o invernador, cuya delimitación aún hoy en día despierta serias controversias.

No obstante, reconocemos la importancia de la apropiación diferencial de tierras y la previa orientación en vacunos criollos. Esta acumulación previa fue un paso necesario y fundamental que adquirió un peso decisivo cuando se trató de la sustentabilidad de esta tecnología pecuaria en el largo plazo. Los grandes terratenientes, Pereyra, Luro, Casares, Duggan, pudieron afrontar mejor los requerimientos económicos para el desenvolvimiento del proyecto y salieron airosos de las crisis que afectaron el proceso de implantación; en cambio, no ocurrió lo mismo con Frers, Newton y Frías, de gran capacidad de gestión y adaptativa, pero sin ese sostén económico.

Lo que aquí nos interesa es la utilización con fines diferentes de los tradicionales, de manera distinta, más apropiada y ventajosa, de los medios de producción existentes en su negocio estático: vacunos criollos, personal, instalaciones y tierras. A partir de allí van formando la nueva combinación de puros de pedigrí, por cruza y mestizos, donde lo que importa es el incremento en la productividad de ese ganado mejorado, más que el crecimiento cuantitativo. Está de más señalar que las existencias refinadas son muy modestas en relación con el criollo.

Esto coloca entre las cuestiones centrales cómo el vacuno criollo pasa a mestizón, mestizo y puro por cruza, hasta alcanzar los 600 kilos de peso a los cuatro años; cómo se transforma la utilización y regularización de las pasturas, cómo se modifica la operatoria para el refinamiento, la manutención y la preservación del ganado mejorado, y que, en última instancia, estos cambios desembocan en un sistema productivo que representa una discontinuidad con el precedente, desplazándolo de tal manera que no puede retornarse a lo antiguo.

Por consiguiente, el campo de análisis delimitado por el modelo de vanguardia schumpeteriano permitió visualizar cómo el sector portador de esta tecnología pecuaria obtiene esta nueva combinación productiva fuera de la corriente circular: con la modernización de los métodos de producción, la reorganización de la mano de obra, el planteamiento de inversiones de riesgo, la transformación de las instalaciones, la mecanización de la operatoria y hasta el acceso a mercados selectivos con productos que antes no existían: puros de pedigrí y novillos Short-horn, Hereford y Aberdeen Angus. En este proceso, el liderazgo económico aparece como una tercera función de la producción.

En cuanto al sustento heurístico utilizado en esta investigación, aunque no resulta pertinente hacer un análisis pormenorizado y exhaustivo, podemos se-

ñalar algunos de los aspectos principales teniendo en cuenta la perspectiva adoptada. Se trata de material prácticamente inexplorado, proveniente de archivos familiares de este grupo, ubicados en repositorios privados y públicos. También de otras fuentes primarias de primera calidad, como sucesiones, cédulas censales y duplicados de mensuras. Asimismo, publicaciones del sector rural privadas y oficiales, memorias de diversos ministerios, diario de sesiones del Congreso Nacional y de la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, de cuya envergadura se podrá tener una idea aproximada en el apartado correspondiente al finalizar este trabajo.